



Alberto
Vázquez-Figueroa
**El agua
prometida**

ePubLibre

El agua ha sido siempre, para Alberto Vázquez-Figueroa, una obsesión.

Las difíciles circunstancias de su infancia y adolescencia le llevaron a padecer desde pequeño la escasez de agua potable, y a identificarse con los millones de seres humanos cuya subsistencia se ve en peligro a causa de la sequía.

El agua ha sido siempre, para Alberto Vázquez-Figueroa, una obsesión.

Las difíciles circunstancias de su infancia y adolescencia le llevaron a padecer desde pequeño la escasez de agua potable, y a identificarse con los millones de seres humanos cuya subsistencia se ve en peligro a causa de la sequía.

El agua prometida es el apasionante relato de esta obsesión, la historia de una vida rodeada de circunstancias dramáticas en la que el agua salada abunda por doquier, pero donde el agua potable es un bien escasísimo. Alberto Vázquez-Figueroa cuenta su vida, y la increíble ocurrencia que le condujo a encontrar un método que permite obtener cantidades ingentes de agua desalinizada a precios razonables, y solucionar de este modo el principal problema de la España seca.

Este libro es, pues, la historia de una aventura, pero de una aventura que ocurre en la vida real, y trata del esfuerzo de un hombre por ofrecer una respuesta a uno de los más graves problemas de nuestro tiempo.

El agua prometida es el apasionante relato de esta obsesión, la historia de una vida rodeada de circunstancias dramáticas en la que el agua salada abunda por doquier, pero donde el agua potable es un bien escasísimo.

Alberto Vázquez-Figueroa cuenta su vida, y la increíble ocurrencia que le condujo a encontrar un método que permite obtener cantidades ingentes de agua desalinizada a pre-

cios razonables, y solucionar de este modo el principal problema de la España seca.

Este libro es, pues, la historia de una aventura, pero de una aventura que ocurre en la vida real, y trata del esfuerzo de un hombre por ofrecer una respuesta a uno de los más graves problemas de nuestro tiempo.

El último recuerdo que tengo de mi madre se remonta a una noche de San Juan en la que contemplábamos desde la ventana la inmensa hoguera que un grupo de muchachos había hecho en un descampado, justo frente a nuestra casa.

Cinco días más tarde cayó por esa misma ventana y murió.

Por qué ocurrió tan terrible desgracia es algo que me he venido preguntando desde hace ya casi medio siglo, aunque lo cierto es que jamás he tenido una respuesta exacta, o tal vez jamás he deseado tenerla realmente.

Sean cualesquiera que fueran las razones de tan trágica desaparición, no puedo negar que marcaron para siempre mi vida, tal vez mi carácter, y sin lugar a dudas mi forma de analizar al resto de los seres humanos, puesto que sin yo mismo darme cuenta debí llegar a la conclusión de que si no había sido capaz de entender el comportamiento de la persona a la que más amaría nunca, de nada me serviría intentarlo con quienes habrían de importarme muchísimo menos.

Se supone que la inmensa mayoría de los niños consideran a sus madres unas criaturas maravillosas y casi etéreas, pero puedo asegurar, sin miedo a caer en lugares comunes, que la mía lo era.

Un ser maravilloso y profundamente contradictorio.

Tenía motivos para serlo.

Mi madre había nacido en Isla de Lobos, un diminuto peñasco deshabitado, y de no más de cinco kilómetros de largo por tres de ancho, que se alza en mitad del Canal de

La Bocaina, entre las islas de Fuerteventura y Lanzarote, donde mi abuelo estaba destinado por aquel entonces como torrero de un solitario faro que años más tarde se automatizó, por lo que el diminuto islote quedó definitivamente desierto.

Sin embargo, hasta el momento de dicha automatización, mi madre vivió en Isla de Lobos sin más compañía que sus padres y cinco hermanos, y quiero creer que de aquella infancia —tal vez la única época realmente feliz que conoció— se derivan la mayoría de los rasgos, repito que maravillosos y cruelmente contradictorios, de su excesivamente corta existencia.

Mi pintoresco abuelo, nacido no sé muy bien por qué extraña razón en Filipinas, alternaba sus largos períodos de vida en faros aislados con otros en los que ejercía de periodista, escritor e incluso político, ya que fue uno de los fundadores del Partido Socialista en las Islas Canarias, y a falta de medios económicos para enviar a sus hijos a colegios de la ciudad, los instruía personalmente en aquello que a él le preocupaba y de lo que en realidad sabía: es decir, literatura y ciencias sociales, en claro detrimento de cuanto pudieran considerarse ciencias puras, a las que nunca tuvo el más mínimo apego pese a que tampoco oí decir que despreciara.

Por todo ello, mi madre creció, como una pequeña cabritilla salvaje entre el océano y los conos volcánicos de Isla de Lobos, sin más horizonte intelectual que las montañas de libros que la vieja goleta que, una vez al mes, acudía a abastecerles de agua y víveres, traía en cada viaje.

Quizá a causa de esas lecturas, o por el simple hecho de llevarlo en la sangre, mi madre siempre profesó un profundo amor a la poesía, por lo que a menudo he llegado a sospechar que el hecho de haberse hecho una idea demasiado romántica y equivocada del mundo fue lo que provocó que el enfrentamiento con la crudeza de ese mundo acabara por resquebrajar su ánimo, minando sus defensas.

En efecto, a los quince años una adolescente bella, frágil, soñadora e ilusionada abandonó lo que consideraba su paraíso particular con la vana intención de integrarse a una convulsa sociedad que atravesaba en aquel entonces uno de los peores momentos de su historia, ya que los años treinta, en una capital de provincias de las Islas Canarias, eran tiempos de odio y mal contenida violencia que presagiaban la terrible catástrofe que estaba a punto de abatirse sobre el país.

En ese ambiente hostil, que nada bueno auguraba, mi madre conoció a mi padre, un ingeniero de telégrafos «peninsular» destinado en el archipiélago. Al poco tiempo se casaron y mi hermano nació cuando ya los negros nubarrones de la en apariencia inevitable guerra civil se aproximaban, llegando desde el brumoso océano.

Mi madre escribió por aquel entonces apasionados poemas que hablaban de su necesidad de regresar a un islote en el que las tormentas eran tan solo tormentas de lluvia y viento que manda Dios, y nada tenían que ver con ambiciones y rencores humanos. Ella creía saber cómo enfrentarse al rayo o las olas embravecidas, que jamás le asustaron, pero estaba convencida de que nunca aprendería a enfrentarse a las armas que fabrican los hombres, ni menos aún a la ira con la que las empuñan.

Entretanto Santa Cruz de Tenerife hervía de rumores y desmentidos, puesto que allí, en pleno corazón de la capital y parapetado tras los gruesos muros del edificio de la Capitanía General, se encontraba destinado a la sazón el temido y taimado general Francisco Franco, al que el gobierno de Madrid había semidesterrado a la lejana isla, consciente de que aquel hombre regordete, de pequeña estatura y voz atiplada, constituía no obstante una grave amenaza si, tal como muchos auguraban, llegaba a producirse un nuevo alzamiento militar.

Mi madre empezó a paladear por primera vez el sabor del miedo.

Jamás le asustó de niña el aullido del viento en mitad de la noche en lo alto de un descarnado faro a cuyos pies golpeaba un furioso océano, puesto que aquella había sido desde que tenía memoria su única canción de cuna, pero ahora le aterrorizaban los rumores que hablaban de muerte y venganza para el ya cercano día en que «llegaran los Nuestros».

¿Pero quiénes eran «los Nuestros»?

Mi madre no conseguía entenderlo.

Aquello no estaba en los libros de la enorme biblioteca de mi abuelo.

Ni en sus palabras.

Ni en parte alguna de su cuerpo o de su alma.

Una fría mañana le anuncié con un amargo vahído que había tomado la absurda decisión de entrar a formar parte de tan disparatada comedia, y ello debió contribuir de modo harto notable a que su mal disimulado temor se convirtiera en incontrolable pánico.

La razón por la que se me ocurrió elegir el infausto año 1936, de tan triste y dolorosa memoria, para intentar desarrollarme en el tembloroso vientre de mi madre, es algo para lo que evidentemente nunca he tenido una explicación lógica, a no ser que se considere lógico —conocidos ya los posteriores acontecimientos— que, si no me hubiera apresurado a hacerlo así lo más probable es que jamás hubiera conseguido ni siquiera intentarlo.

Y es que, en efecto, apenas llevaba cinco meses establecido en el único lugar en verdad seguro y placentero de que todo ser humano disfruta a lo largo de su existencia, cuando el Apocalipsis decidió extender al fin sus alas sobre la pobre España, puesto que yo soy, como una gran mayoría de los tinerfeños, hijo de mi padre, de mi madre, y de las locuras que trae aparejado el Carnaval.

Los tinerfeños han sido desde que se tiene memoria tan aficionados a disfrazarse, divertirse, «animarse» y tomar pocas precauciones durante los días —y sobre todo las no-

ches— que dura el Carnaval, que no resulta extraño que nueve meses más tarde a las comadronas de la isla se les amontone el trabajo, ni debe sorprender tampoco que el 18 de julio de tan nefasto año yo me encontrara por tanto mediada ya mi primera gran singladura vital.

Y a nadie puede ocultarse que se trataba de una singladura harto peligrosa, puesto que al día siguiente del «Glorioso Alzamiento», que tuvo su origen en la mismísima capital tinerfeña, mi padre, mi abuelo y mi tío José Antonio se encontraban ya condenados a muerte por quienes consideraban que todo aquel que en tan especiales circunstancias no fuera fascista, no tenía el más mínimo derecho a seguir respirando.

¿Qué pudo experimentar una criatura tan frágil como mi madre, nacida y criada en un islote encantado, cuando de improviso comprendió que un odio irracional parecía a punto de arrebatarse por la fuerza a su padre, su esposo y su hermano?

¿Y cómo conseguiría sobreponerse, si todo cuanto le quedaba en esta vida era un mocoso de tres años aferrado a su falda, y una inquieta criatura agitándose en su vientre?

Si, tal como aseguran algunos científicos, los estados de ánimo de la gestante repercuten de forma indeleble en el feto, no cabe duda de que yo tenía la imperiosa obligación de venir al mundo aterrizado, puesto que los cuatro meses que transcurrieron hasta el día de mi nacimiento mi madre los pasó luchando desesperadamente por evitar que fusilaran a los seres que amaba.

El hambre, el miedo por el hijo que llevaba en las entrañas, y el penoso peregrinar de despacho en despacho suplicando perdón para quienes no tenían nada de que ser perdonados, temiendo que cada amanecer le comunicaran la terrible noticia de que a su marido, su padre o su hermano les habían dado el tan y temido y frecuente «paseílllo», debió pesar como una losa sobre el resto de la corta existencia de mi madre, hasta tal punto que, a menudo, me ha

asaltado la tentación de grabar sobre su tumba una amarga leyenda:

«Esto no es mármol; es tristeza».

Siempre se ha dicho que hay niños que nacen con un pan debajo del brazo, pero no es mi caso. Yo no nací con un pan, pero sí con la conmutación de la pena de muerte de mi padre por la de un largo y duro destierro en Marruecos.

Por su parte, a mi abuelo lo enviaron a un campo de concentración en el desierto del Sáhara, de donde huyó rocambolescamente junto a la mayoría de sus compañeros de cautiverio, tomando por asalto un barco fascista y escapando al Senegal, desde donde tras múltiples peripecias por medio mundo acabó como exiliado en México.

A mi tío José Antonio, apenas un muchacho por aquel entonces, y que no había cometido más delito que ser hijo de quien era, lo encerraron en una prisión tinerfeña durante seis larguísimos años.

Al más inocente entre los inocentes le correspondió, por esa extraña lógica que traen aparejadas las guerras, el tener que sufrir el más cruel de los castigos.

El día en que me conoció, a bordo de un viejo carguero que nos conducía, como a ganado, rumbo a Marruecos, mi padre iba esposado, comido de piojos y con la cabeza rapada.

Cuentan, los que la vieron, que mi cuna en Tetuán no era otra cosa que el abierto cajón de una desvencijada cómoda en cuyo fondo habían colocado una vieja manta.

Mi padre, desprovisto por el régimen militar del derecho a ejercer su carrera, tuvo que comenzar a ganarse la vida reparando máquinas de escribir.

La comida, con el país inmerso en una larga guerra civil, era más bien escasa.

El hambre, por lógica, abundante.

Antes de cumplir un año la desnutrición y un tifus exantemático estuvieron a punto de llevarme a la tumba, y

como mi madre no se apartó de mi lado ni un minuto, se contagió y de igual modo salvó la vida de milagro.

Aquella debió ser la gota que colmó el vaso de su desesperada resistencia a una forma de vivir que no entendía.

A medida que mi padre luchaba cada vez más denodadamente por sacarnos adelante hasta el punto de conseguir abrirse camino en el difícil mundo del exilio, pese a tener todos los pronunciamientos en contra por tratarse de un «vencido», advertía impotente cómo el alma de la prodigiosa mujer a la que había entregado su vida se iba alejando mansamente hacia unas tinieblas de las que nadie se sentía capaz de apartarla, puesto que se trataba de una oscura y densa tela de araña tejida con los hilos de la enfermedad, el hambre, la desesperación y la tristeza.

A decir verdad, a mi modo de ver aquellos no fueron simples hilos, sino más bien alambres de púas que habían acabado por desgarrar irremediadamente la envoltura de un ser nacido para seguir viviendo en una isla solitaria.

Fueron años de luces y de sombras.

La luz de su sonrisa inigualable cuando al volver del colegio nos miraba y sonreía.

Las sombras de la amargura de sus ojos cuando al volver del colegio nos miraba sin vernos.

¡Qué difícil es ser niño con dos madres distintas!

¡Qué difícil es ser niño y aceptar que espíritus opuestos comparten el cuerpo del ser en quién buscas consuelo!

¡Qué ansiedad cuando al volver la esquina mi hermano y yo nos preguntábamos, sin necesidad de pronunciar una sola palabra, a cuál de aquellas criaturas nos tocaría enfrentarnos ese día!

Mi madre era alta, morena, de grandes ojos verdes y blanquísimos dientes, y si alguna vez Dios y el Diablo escogieron un lugar totalmente inapropiado para dirimir sus eternas diferencias, ese fue sin duda el alma que albergaba aquel cuerpo, aunque a veces me consuelo aceptando que hasta Dios y el Diablo tendrían la obligación de destrozarse

en su obsesión por adueñarse de un ser tan único y precioso.

Cuando llega la noche no basta con ser héroe o ser sabio si no tienes quien te marque el camino, y el tiempo me ha enseñado que son muchas las noches del alma en que ni tan siquiera el faro que con tanto esmero atendiera mi abuelo da luz suficiente como para alcanzar sin peligro un buen puerto.

Como un lento veneno indestructible, la ansiedad y la angustia de los horrendos años vividos comenzaron a minar de modo inmisericorde la antaño lúcida mente de mi madre, que tan solo parecía encontrar en la oración y la poesía débil consuelo a tan terrible desgracia.

Yo, niño aún, no lo entendía.

Mi hermano, apenas un muchacho, lo intentaba.

Mi padre, a quien tanto padecimiento había acabado por convertir en un anciano prematuro, sabía a ciencia cierta, sin querer aceptarlo, que había perdido tiempo atrás tan difícil batalla.

¡Los médicos...!

Recuerdo algunos, tan perplejos, que pese a mi corta edad me sentía tentado de pedirles que nos dejaran solos.

Si entre mi padre, mi hermano y yo, que tan bien la conocíamos y tanto la adorábamos, nada podíamos hacer, ¿qué esperanza tenían ellos de arañar tan siquiera la pétrea coraza bajo la que cada vez con más frecuencia se escondían sus sufrimientos?

Los días gloriosos, el fulgor de mi madre deslumbraba.

Los días negros, su aridez nos sumía en el más absoluto desconcierto.

A veces me pregunto si el hecho de estar embarazada pesó en exceso sobre su ánimo, y que traerme al mundo en tan difíciles momentos fue lo que a la larga precipitó su destrucción, pero me niego a echar tal carga sobre mis hombros puesto que son millones las mujeres que traen hi-

jos al mundo, y muy pocas las que se ven en la obligación de salvar a los seres que aman de un pelotón de ejecución.

Fue pura coincidencia; o quizá sería mejor decir que fue la guerra civil la que mató a mi madre con diez años de retraso.

Aún la recuerdo acodada aquella noche en la ventana mientras en sus enormes ojos verdes se reflejaba el fuego de las hogueras de San Juan.

Es mi último recuerdo hermoso de la infancia.

Si no hubiera pasado ya tanto tiempo, ahora, al escribir por primera vez sobre ello me sentiría en la obligación de odiar a quienes me privaron de esa infancia, pero a pesar de cuanto me han hablado o haya podido leer sobre las razones de tan irracional guerra civil, no me considero en situación de juzgar unos hechos que acontecieron cuando yo aún ni siquiera tenía uso de razón.

Me consta que me tocó sufrir sus consecuencias durante la mayor parte de mi vida, pero también sé, porque lo he visto a lo largo y ancho del mundo en todos estos años, que sufrir las consecuencias de los errores de sus antepasados ha sido siempre el triste signo de la mayoría de los seres humanos, y habrá de seguir siéndolo durante incontables generaciones venideras.

Y no cabe duda alguna de que mi generación lo sufrió a conciencia, ya que apenas establecidos en un Tetuán que se esforzaba por huir de las consecuencias de nuestra miserable guerra civil, nos enfrentamos a toda una Guerra Mundial que estallaba como si el millón de muertos españoles no hubiera sido más que el aperitivo de un macabro banquete.

Tánger, tan cerca, se había convertido de improviso en un nido de espías y aventureros, y muy especialmente en una ciudad abierta en la que se podía comerciar con los dos bandos.

Mi padre, al que el régimen fascista continuaba empecinado en no devolverle el derecho a ejercer su carrera, vio el

cielo abierto ante la oportunidad de venderles a los alemanes materias primas aliadas, y a los aliados aparatos de precisión alemanes.

Entonces no me preocupé por entenderlo, pero más tarde he llegado a la conclusión de que el orden social que hemos creado los humanos siempre será así: dos facciones se destruyen mutuamente, pese a lo cual continúan dependiendo la una de la otra para continuar destruyéndose.

No hace falta ser muy listo para aceptar que se trata de un estúpido contrasentido, pero a él le debe mi familia el haber empezado a comer caliente, puesto que mi padre supo ingeniárselas para amasar una considerable fortuna sirviendo de intermediario entre facciones rivales.

Sin embargo, ni ese, ni todo el dinero del mundo, ahuyenta las tinieblas cuando las tinieblas se niegan a ser ahuyentadas.

Mi padre se gastó auténticas fortunas en un triste peregrinar de clínica en clínica persiguiendo la quimérica esperanza de que la medicina cicatrizara las heridas que la guerra había abierto en una mente que parecía continuar negándose a aceptar que la maldad humana alcanzara tales cimas, y por más que se esforzara, nadie consiguió devolver a mi madre la paz de espíritu que había perdido en mil noches de angustia y un océano de lágrimas amargas.

Se agitaba durmiendo para despertar de improviso empapada en sudor, asegurando que había visto a mi tío José Antonio recorriendo el pasillo de la prisión escoltado por seis hombres de camisa azul que le conducían al paredón.

Su hermano, aquel muchachito dulce y afectuoso que le había enseñado a nadar en la laguna de Isla de Lobos y cebaba los anzuelos cuando ella aún era incapaz de ensartar cruelmente una gamba, continuaba en manos de los fascistas, y se sabía que aún eran muchos los presos obligados a abandonar al amanecer sus camas para ser arrojados al mar con una piedra al cuello.

La guerra civil había acabado, pero no sus secuelas, y abundaban los frustrados que al no poder capturar nuevamente a mi abuelo seguían pensando que descargar esas frustraciones sobre su hijo sería una buena forma de castigar su osadía por haberse fugado.

Al fin, mi padre se veía obligado a pedir una conferencia con Tenerife y aguardar durante horas a que una voz lejana y temblorosa jurara y perjurara que tales temores no tenían fundamento, pues mi tío José Antonio seguía con vida.

Mi hermano y yo acudíamos entonces junto a mi madre, en un inútil intento de calmarla, y aún recuerdo con dolor que a veces nos miraba como si no supiera quiénes éramos ni de dónde demonios habíamos salido.

Quiero pensar que tal vez, en su confusa mente, se asentaba la idea de que si no formábamos parte de su vida en el islote, no éramos parte de la felicidad perdida, sino únicamente fruto de los años amargos; aquellos tristes años que de algún modo se esforzaba por borrar de su memoria.

Cuando al fin volvía a dormirse, mi padre nos conducía de regreso a la cama y de algún modo intentaba hacernos comprender que la culpa no era nuestra, pero a estas alturas debo reconocer que a un niño le resulta harto difícil aceptar que en un momento dado su propia madre le esté mirando sin verle.

Años más tarde, cuando siendo ya un resabiado periodista regresaba de alguna lejana guerra y alguien pretendía saber qué había sentido al presenciar tantísimas atrocidades, casi siempre optaba por no responder, seguro como estaba de que nadie comprendería que un chiquillo que ha crecido viendo lo que me tocó ver tan de cerca, o se destruye, o se cura de espanto.

Con el final de la contienda mundial, los fascistas decidieron levantar la orden de destierro que pesaba sobre mi padre así como excarcelar a mi tío, pero a aquellas alturas ya nada conseguía remediar lo irremediable, por lo que mi padre optó por liquidar los negocios que con tan duro es-

fuerzo había logrado levantar para regresar a Tenerife con la esperanza de que allí mi madre consiguiese recuperar la paz de espíritu.

Fue, una vez más, un esfuerzo baldío, teniendo en cuenta, además, que ahora ella, en sus momentos de lucidez, y siendo como era una mujer de notable inteligencia, cayó en la cuenta de que por su culpa habíamos pasado de una desahogada situación económica en Tetuán a otra más bien angustiosa, puesto que el gobierno continuaba negándose a permitir que mi padre recuperase su carrera, y encontrar un trabajo digno en las Canarias de la posguerra resultaba imposible.

No consigo recordar si me afectó en exceso la adaptación al nuevo ambiente, el nuevo colegio y las nuevas amistades.

Quizá para otros niños con menos problemas domésticos, un cambio tan radical les hubiese marcado de algún modo, pero tanto para mi hermano como para mí todo giraba en torno al estado de salud de nuestra madre, por lo que nada importaba el infierno cuando ella se encontraba bien, y el mismísimo paraíso nos hubiera resultado insoporrible si sus días negros se prolongaban más de lo previsto.

La cuerda continuaba tensándose.

A lo largo de este último medio siglo me he encontrado en más de una ocasión frente a la dura realidad de comprender que algo se me está escapando de las manos sin poder evitarlo, pero nunca como entonces experimenté tanta sensación de impotencia ni me negué tan rotundamente a resignarme a aceptar lo inaceptable.

Un tenebroso amanecer llamaron a la puerta, mi hermano acudió a abrir y al poco corrió a despertarme pronunciando apenas tres palabras:

—Mamá ha muerto.

Ahora sí que la guerra, todas las guerras, habían acabado.

Al menos para mí.